

— ¿Y Gasparó?

— Gasparó va siempre con mi hermano Badoret. También estuvo en Alemanes, y aunque Siseta le quiso dejar encerrado en casa, él se escapó por la puerta de atrás. Ahora hemos estado juntos, buscando algo que comer en aquel montón de desperdicios que hay en la calle del Lobo; pero no encontramos nada...»

Infinidad de mujeres ocupábanse en retirar á los heridos, y también repartían á los sanos algunas raciones de pan negro y muy poco vino. Nosotros veíamos á los franceses retirándose por el llano adelante, y no podíamos reprimir un sentimiento de ardiente orgullo al ver resultado tan colosal con tan reducidos medios. Parecía realmente milagro que tan pocos hombres contra tantos y tan aguerridos nos defendiéramos detrás de murallas cuyas piedras se arrancaban con las manos. Nosotros nos caíamos de hambre; ellos no carecían de nada; nosotros apenas podíamos manejar la Artillería; ellos disparaban contra la plaza doscientas bocas de fuego. Pero ¡ay! no tenían ellos un D. Mariano Álvarez que les ordenara morir con mandato ineludible, y cuya sola vista infundiera en el ánimo de la tropa un sentimiento singular que no sé cómo exprese, pues en él había, además del valor y la abnegación, lo que puede llamarse miedo á la cobardía, recelo de aparecer poco animosos á los ojos de aquel extraordinario carácter.

Manalet se separó de mí, y al poco rato presentóse de nuevo con otros chicos, todos descalzos, sucios, harapientos y tiznados, entre los cuales venía su hermano Badoret, trayendo á cuestas á Gasparó, cuyos brazos y piernas colgaban sobre los hombros y por la cintura de aquél. Todos venían muy contentos, y especialmente Badoret, que repartía guindas á sus compañeros.

«Toma, Andrés — me dijo el chico, dándome una guinda. — Ya tienes para todo el día. Toma esta media docena y repártela entre tus compañeros, que estarán muertos de hambre... Me las ha dado una señora monja de las Capuchinas por llevar una carta al Sr. Carrillo, capitán de Ultonia, que está en la muralla de *Alemanes*... Pues cogí mis guindas, cogí mi carta y eché á correr. Gasparó chillaba; pero yo le dije: «Si no callas, te metemos dentro de un cañón como si fueras bala; disparamos, y vas á parar rodando adonde están los franceses, que te pondrán á cocer en una cacerola para comerte...» Llegué á la muralla. ¡Qué fuego! Lo de aquí no es nada. Las balas de cañón andaban por allí como cuando pasa una bandada de pájaros. ¿Crees que yo les tenía miedo? ¡Quia! Un soldado me dió un manotazo, echándome para afuera, y caí sobre un montón de muertos; pero me levanté y seguí palante. Entró el Gobernador, y cogiendo una gran bandera negra que parece un paño de ánimas, la estuvo moviendo en el aire, y luego dijo que al que no fuera valiente le mandaría ahorcar. ¿Qué tal? Yo me puse delante y grité: «Está muy bien hecho.» Los soldados me mandaron salir, y las mujeres que curaban á los heridos se pusieron á insultarme, diciendo que por qué llevaba allí esta criatura... ¡Qué fuego! Caían como moscas: uno ahora, otro en seguida... Los franceses querían entrar, pero no les dejamos.

— ¿Tú también?

— Sí; las mujeres y los paisanos echaban piedras por la muralla abajo; yo solté á Gasparó, poniéndole encima de una caja donde estaba la pólvora y las balas de los cañones, y también empecé á tirar piedras. ¡Qué piedras! Una tiré que pesaba lo menos siete quintales y cogió á un francés, partiéndolo por mitad. Vieras allí al Gobernador, Andrés. Don Mariano y yo nos echa-

mos palante... y nos pusimos adonde estaba más apurada la gente. Yo no sé lo que hice; pero yo hice algo. El humo no me dejaba ver, ni el ruido me dejaba oír. ¡Qué tiros! En las mismas orejas, Andrés. Está uno sor-do. Yo me puse á gritar, llamándoles marranos, ladrones, y diciendo que Napoleón era un tal y un cual. Puede que no me oyeran con el ruido; pero yo les puse de vuelta y media. Nada, Andrés, para no cansarte, allí estuve hasta que se retiraron. El Gobernador me dijo que estaba satisfecho: no, á mí no me habló nada; se lo dijo á los demás.

— ¿Y la carta?

— Busqué al Sr. Carrillo. Le encontré,... pero la carta se me había perdido... ¡Qué apuro!

— ¿Volviste á las Capuchinas?

— No. Acordándome de Gasparó, fui á recogerle donde le había dejado, pero no le encontré. Todo se me volvía gritar: «¡Gasparó, Gasparó!», pero el niño no parecía. Por fin me le veo debajo de una cureña, hecho un ovillo, con los puños dentro de la boca, mirando afuera por entre los palos de la rueda y con cada lagrimón... Echémele á cuestras, y acá me vine con los amigos.

— Lleva al hermanito á tu casa para que le cuide tu hermana — dije, reparando que el pobre Gasparó sangraba aún de un pie.

— Si que iremos á casa. He guardado algunas guindas para Siseta.

— Muchachos — gritó Manalet, que se había alejado de sus compañeros y á la carrera volvía, — por la calle de Ciudadanos va el Gobernador con mucha gente, banderas muchas; delante van las señoras cantando y los frailes bailando, y el obispo riendo, y las monjas llorando. Vamos allá.»

Como se levanta y huye una bandada de pájaros, así

corrieron y volaron los chiquillos, dejando libre de su alegre algazara la muralla de Santa Lucía.

V

Fui á mi hospedaje, ya cerca de las diez de la noche, y dejando en la tienda el fusil, subí á la vivienda del médico, anhelando saber de Siseta y de la señorita. Ésta se había descompuesto, y poseída de terror no cesaba de gritar: «¡Guerra en Gerona!» No podía Siseta calmarla. Á punto entró D. Pablo, que antes de presentarse á su hija cuidó de cambiarse de ropa, pues venía manchado de sangre del trato quirúrgico con los heridos. Ante Josefina quiso hacer el papel de que había ido de caza; pero su caritativo embuste, transmitido por la pluma, no resultó eficaz, y la desventurada niña mostraba en la forma espasmódica más aguda su conocimiento de la terrible situación de la ciudad.

De improviso nos sorprendió un gran estruendo en el portal, no estampido de bombas y granadas, sino clamor chillón y estridente, de mil inarmónicos ruidos compuesto, tales como patadas, bufidos, cacharrazos y sonos bélicos de varia índole. Inquieto y confuso, Nomedeu miraba á todos lados, inquiriendo la causa de aquel ruido; pero pronto él y los demás salimos de dudas, viendo entrar una turba de chiquillos que, desvergonzadamente y sin respeto á nadie, se colaron en la sala, dando golpes, empujándose, chillando y berreando en los más desacordes tonos. Dos de ellos llevaban colgados al cinto sendos cacharros sobre cuyo abollado fondo redoblaban con palillos de sillas viejas; tocaban la trompeta con la nariz, y todos, al compás de la inaguantable música, bailaban con ágiles brinco y cabriolas.

No necesito decir que al frente del ejército venían Manalet y Badoret, este último llevando á cuestas á Gasparó, tal como le vi en la muralla. Ninguno dejaba de traer palo, caldero viejo ó vara con pingajos colgados de la punta, con cuyos objetos se simulaban fusiles, tambores y bandéras. Un fondo de silla de paja atado á una cuerda y arrastrado por el suelo servía de trofeo á uno, y otro adornaba su cabeza con un cesto medio deshecho, no faltando las casacas de militares hechas jirones, y los morriones de antigua forma con descoloridas plumas adornados.

Don Pablo, ciego de cólera, apostrofó á los rapaces tan violentamente, que faltó poco para que perdieran en un punto su bélico entusiasmo.

«Granujas, largo de aquí al instante—les dijo.—¿Qué desvergüenza es ésta? ¡Meterse en mi casa de este modo!»

Siseta y yo, indignados de tal audacia, empezamos á repartir pescozones á diestro y siniestro; pero de pronto observamos que la enferma contemplaba á los desvergonzados muchachos con atención complacida, y sonreía con tanta espontaneidad y desahogo como si su alma sintiera indecible gozo ante aquel espectáculo. Hicelo notar al Sr. D. Pablo, y al punto éste se puso de parte de los alborotadores, conteniendo á Siseta que iba sobre ellos furiosa.

«Déjales — dijo Nomdedeu. — Mi hija demuestra que está muy complacida viendo á estos bergantes. Mira cómo se ríe, Andrés; observa cómo les celebra. Bien, diablillos; corred y chillad alrededor del cuarto.»

Y diciendo esto, D. Pablo, en medio de la sala, empezó á llevar el compás. En mal hora se les ordenó seguir. ¡Santo Dios! ¡Qué algarabía, qué estrépito!

«¿Dónde has estado todo el día? — preguntó Siseta echando mano á Badoret, y deteniéndole. — ¡Y la cria-

tura tiene sangre en el pie! Ven acá, condenado, me las pagarás todas juntas. Espera á que bajemos á casa, y verás. Y tú, Manalet de mil demonios, ¿qué has hecho de la camisa?

—En la calle de la Ballestería estaban curando unos heridos y no tenían trapos. Me quité la camisa y la di.

—¿Para qué habéis traído á casa tanta chiquillería mal criada?

—Son nuestros amigos, hermana—repuso Badoret.— Hemos estado en el Capitol, y allí nos han dado un poco de vino.

—Ven acá, Gasparó. Este pobrecito no habrá comido nada. Alma mía, ¿qué te han hecho en el pie, que tienes sangre?

—Hermanita, una bala de cañón pasó por donde estábamos, y si Gasparó no se hace para un lado, le lleva medio cuerpo; no le cogió más que la uña chica. ¡Si vieras qué valiente ha estado! Se metió debajo del cañón y allí se estuvo mirando á los franceses que querían subir á la muralla. Y les amenazaba con el puñito cerrado.

—Te voy á desollar vivo — le dijo Siseta. — Espera, espera á que bajemos. Á ver si se marcha pronto de aquí toda esa canalla.

—No, que se aguarden un poco—indicó D. Pablo.— Son unos chicuelos muy salados. Mira qué contenta está Josefina. Lo que quiero, Badoret, es que no metáis mucho ruido... Y dime, Manalet, ¿traéis algo de comer?

—Yo traigo cinco guindas — dijo prontamente Badoret sacándolas del seno.

—Dadme con disimulo y sin que lo vea mi hija todo lo que traigáis, que yo os daré ochavos para que compréis pólvora.

—Pauet—dijo Manalet,—saca ese medio pepino que le cogiste al soldado muerto.

— Yo doy este pedazo de queso — dijo otro, entregando la ofrenda en manos de D. Pablo.

— Y yo esta cabeza de gallina cruda.»

En un momento se reunieron diversos manjares, tales como tronchos de col, que llevaban impreso el sello de las limpias manos de sus generosos dueños; garbanzos que sutilísimos dedos habían extraído por los agujeros de los costales, pedazos de cecina, zanahorias, dos ó tres almendras en confite, que ya habían recibido muchas mordidas, y otras viandas, tan liberalmente entregadas como alegremente recibidas. Procurando que no se enterase su hija, llamó D. Pablo á la señora Sumta, que acababa de llegar en aquel instante, y llevándola tras el sillón de la enferma, le dijo:

«Á ver si con todo esto compone usted una cena para la niña...

— ¿Qué hemos de hacer con esto, señor, si no lo querrá ni el morrongo?»

Tiró luego de pluma D. Pablo, y añadiendo á lo escrito expresivos gestos y garatusas, convenció á su hija de que, si en efecto hubo guerra de un día en Gerona, todo había terminado con una grande y decisiva victoria. Los hijos de la Francia se habían retirado con viento fresco y no volverían más. Los resplandores que se veían en la ciudad no eran de incendios, sino de luminarias, con que el vecindario celebraba su magnífico triunfo... Y lo último que le dijo para sosegar el ánimo de la pobre niña fué esto, que á la letra copio: «Y para que participes de la común alegría, aquí tenemos á Andrés y á Siseta, que se prestarán á bailar delante de ti con los chicos un poco de sardana y otro poco de tirabou, para que también en esta casa se manifieste la inmensa satisfacción y patriótico alborozo de que está poseída la ciudad. Como tú

no oyes, suprimiremos el fluviol y la tanora, que sólo sirven para meter inútil ruido. Conque puedes dar la señal para que comience la fiesta.»

Y luego, volviéndose á Siseta y á mí, nos dijo:

«No hay más remedio. Es preciso bailar un poquito, aunque supongo, Andrés, que ese cuerpo, venido hace poco de Santa Lucía, no estará para sardanas. Pero, amigos, bailando hacéis una obra de caridad. ¡Quién lo había de decir! ¡Hay tantas maneras de practicar el Santo Evangelio!»

No lo creeréis, niños queridos; encontraréis inverosímil que bailásemos Siseta y yo en aquella noche aciaga, precisamente en los instantes en que, incendiados varios edificios de la ciudad, ésta ofrecía en su estrecho recinto frecuentes escenas de desolación y angustia. Formando con ocho chiquillos un gran ruedo, bailamos, sí, obedeciendo á la apremiante sugestión de aquel padre cariñoso que nos pedía con lágrimas en los ojos nuestra cooperación en la difícil comedia con que engañaba el delicado espíritu de su hija; y nuestra danza no era silenciosa, porque los chicos, seguros de que Josefina no les oía, cantaban con entusiasmo la copla popular de Gerona en los días del Sitio:

Digame tú, Girona,

Si te n'arrendirás...

Lirom lireta.

¿Com vols que m'rendesca

Si España non vol pas?

Lirom fa lá garideta,

Lirom fa lireta lá.

Resultaba una farsa lúgubre que oprimía el corazón, y el infeliz D. Pablo, lívido y trémulo, parecía un alma escapada del otro mundo, que esperaba el canto del gallo para volver al Purgatorio... Al fin el cansancio

pudo en los chicos más que la marcial travesura. Unos tras otros caían al suelo, y se quedaban dormidos en extrañas posturas... Yo dije á Nomdedeu: «Señor doctor, no nos mande bailar más, porque creeremos que nos hemos vuelto locos.»

VI

Lo que os he referido se repitió algunos días. Después vinieron circunstancias distintas, y todo cambió. Los franceses, escarmentados con la vigorosa y nunca vista defensa del 19 de septiembre, no se atrevían al asalto. Conocían la imposibilidad de abrir las puertas de Gerona por la fuerza de las armas, y se detuvieron en su línea de bloqueo, con intención de matarnos de hambre. El 26 de septiembre llegó al campo enemigo el Mariscal Augereau, que se había distinguido en las guerras de la República y en el Rosellón; trajo consigo más tropas; por todos lados puso cerco estrecho, encerrándonos de modo que no podría entrar ni una mosca.

Ya no era posible pensar en socorros, como no vieran por los aires. Ya no teníamos el triste recurso de buscar la muerte en las murallas, porque el enemigo no se cuidaba de asaltarlas; era forzoso cruzarse de brazos y dejarse morir, mirando la efigie impasible de D. Mariano Álvarez, cuyos ojos vivos no paraban nunca, observando aquí y allí nuestras caras, por ver si alguna tenía trazas de cobardía ó desaliento. Estábamos moralmente aprisionados entre las garras de acero de su carácter, y no nos era dado exhalar una queja ni un suspiro, ni hacer movimiento que le disgustara, ni dar á entender que amábamos la libertad, la vida, la salud. En suma, le teníamos más miedo que á todos los ejércitos de Napoleón juntos.

Llegó el mes de octubre, y se acabó todo, señores:

faltaron en absoluto la harina, la carne, las legumbres. No quedaba sino algún trigo averiado, que no se podía moler porque nos comimos las caballerías que movían los molinos. Se pusieron hombres; pero los hombres, extenuados de hambre, se caían al suelo. Quedaba el recurso de comer el trigo como lo comen las bestias: crudo y entero. Algunos lo machacaban entre dos piedras y hacían tortas, que cocían en el rescoldo de los incendios. Aun quedaban algunos asnos; pero se acabó el forraje, y entonces los animalitos se juntaban de dos en dos, y se mantenían comiéndose mutuamente sus crines. Fué preciso matarlos antes que enflaquecieran más; y al fin la carne de asno, que es la más desabrida de las carnes, se acabó también. Muchos vecinos habían sembrado hortalizas en los patios de las casas, en tiestos y aun en las calles; pero las hortalizas no nacieron. Todo moría, Humanidad y Naturaleza; todo era esterilidad dentro de Gerona, y empezó una guerra espantosa entre los diversos órdenes de la vida, destruyéndose de mayor á menor.

Yo padecía crueles penas, no sólo por mí, sino por la infeliz Siseta y sus tres hermanos. Éstos eran al principio los mejor librados, porque ellos salían á la calle, y merodeando, husmeando aquí y allá, siempre sacaban alguna cosa. Pero llegó también el día en que Badoret, Manalet y Gasparó se cansaron de sus correrías por las calles, porque de todas partes eran expulsados los muchachos vagabundos, por la mala opinión que había respecto á la limpieza de sus manos. Flacos y casi desnudos, los tres chiquillos inspiraban compasión, y formando lastimero grupo junto á Siseta, permanecían largas horas en silencio, sin juegos ni risas, tan graves como ancianos decrépitos, quebrantados é inertes.

Yo estuve tres días sin verles, porque mis obligacio-

nes me impedían ir á la casa. Cuando fui, encontréles en la situación que he descrito. Siseta, no pudiendo contener su dolor, empezó á llorar amargamente, registrando después los últimos rincones de la casa por ver si parecía de milagro alguna vianda. Yo salí, volví á entrar, salí de nuevo y regresé, después de dar mil vueltas, con la terrible evidencia de que no podía encontrar nada.

Repentinamente, me ocurrió una idea salvadora. Teníamos en casa una preciosa gata con tres gatitos muy monos. No había más remedio que sacrificar al pobre animal y sus criaturas, sin reparar en que eran seres adherentes á la familia. Contestando á mis planes de matanza, Siseta me contestó lloriqueando :

«No te lo quería decir. En estos últimos días que has faltado de casa, D. Pablo bajaba con frecuencia. Una tarde se me puso delante, de rodillas, rogándome que le diera algo para su hija, pues ya no tenía víveres, ni dinero para comprarlos. Cuando esto me decía, uno de los gatitos me saltó al hombro, y D. Pablo, echándole mano con mucha presteza, se lo guardó en el bolsillo. Al día siguiente bajó de nuevo, y me ofreció los muebles de su sala si le daba otro de los hijos de la gata, y sin aguardar mi contestación, entró en la cocina, después en el cuarto obscuro, púsose en acecho, y lo mismo que un gato caza al ratón, así cazó él al gato. Cuando salió, tuve que curarle los arañazos que en la cara traía. El tercero pereció de la misma manera, y después de esto la gata huyó de la casa, tal vez por haber entendido que no estaba segura.»

Siseta y yo convinimos en que era urgente rezar, con la esperanza de que, á fuerza de ruegos, nos enviase Dios, por sus misteriosos caminos, algo de lo que tanto necesitábamos. Pero rezamos, y Dios no nos mandó nada.

Por Badoret supe que la gata buscó su refugio en el desván de una cuadra que teníamos en el fondo del patio. Sin decir nada á Siseta ni á los chicos, fui á la cacería del pobre animal. Juzgad de mi sorpresa cuando en el camaranchón obscuro me encontré á D. Pablo armado de escopeta y cuchillo de monte. Ambos íbamos á lo mismo... El doctor pareció muy contrariado de mi presencia: la necesidad, razón de razones, me obligó á ser adusto con el venerable señor, y á mostrarle mi propósito de no dejarme ganar la partida.

Movimos trastos, ollas vacías; arrojamos á un lado tinajas rotas y cachivaches,... sentimos el roce de un cuerpo que se deslizaba en el fondo de la pieza, atropellando los hacinados objetos. Era la gata. Vimos en el fondo obscuro sus dos pupilas de un verde aurífero, vigilando con feroz inquietud los movimientos de sus perseguidores.

No os cansaré refiriéndoos la cacería. Nomdedeu, reservándose la escopeta, con la cual creía cobrar fácilmente la pieza, me dió el cuchillo de monte. Después de varias peripecias venatorias en que el buen doctor, sin disparar su arma, fué horriblemente rasguñado, la gata pereció ensartada en el cuchillo, que supe esgrimir rápidamente cogiendo al animal en uno de sus saltos furibundos... Dueño de la res, propuse á mi compañero de caza que la partiéramos. Esto era lo justo y razonable. Pero Nomdedeu, invadido del feroz egoísmo que desvirtuaba su natural bondadoso, la quiso toda para sí, y con salvaje furia me dijo apuntándome con su escopeta: «Ladrón, suéltala ó te asesino.» También yo fui bárbaro y locamente egoísta por ley de la necesidad mía y de los míos; mas tuve bastante entereza para dominar mi anhelo ardiente, y sintiéndome más fuerte que él, le arrebaté el arma, arrojé al suelo el cuerpo del animal, y con generoso arranque dije al

pobre señor, desesperado y loco: «Tómela usted entera, D. Pablo. Se ha vuelto usted tigre. No quiero imitarle.»

Sin pronunciar una palabra, mostrando la horrible agitación y crisis de su alma en un sordo mugido, recogió Nomdedeu el animal, y abriendo la puerta, se marchó.

Pasada la irascibilidad de aquel cuarto de hora, apenas me podía tener. Volví junto á Siseta; en pocas palabras contéle lo ocurrido, y los tres muchachos me oyeron espantados.

«No hay nada por hoy — les dije con angustia. — Voy á la calle á ver si encuentro una persona caritativa.»

Siseta se abrazó á sus hermanos, lloraron en coro y yo corrí desalado fuera de la casa. Á mi paso por las calles, vi familias desvalidas, formando tristísimos grupos de desolación en medio de la vía pública, los pies en el lodo, guarecida la cabeza del sol y la lluvia bajo miserables toldos de sucias esteras. Se arrancaban de las manos unos á otros la seca raíz de legumbres, el fétido pez del Oñá, las habas carcomidas y los huesos de animales no criados para la matanza. Diestros matarifes, improvisados por la necesidad, perseguían por todos los rincones de Gerona á los pobres perros, que bastante inteligentes para comprender su trágica suerte, buscaban refugio en lo más recóndito, y aun se atrevían á traspasar la muralla, corriendo á escape hacia el campo francés, donde eran acogidas con aplauso y algazara tales pruebas de nuestra penuria.

En la calle de Ciudadanos y en la plaza del Vino, vi no pocos enfermos que habían sido sacados de los sótanos para que se murieran menos pronto. Su mal era de los que llamaban los médicos *fiebre nerviosa cas-*

treuse, complicada con otras muchas dolencias, hijas de la insalubridad y del hambre.

La calle ó callejón de la Forsa, que conduce desde la Zapatería Vieja á la catedral, era una horrible sentina, una acequia angosta y lóbrega, donde algunos seres humanos yacían como en sepultura, esperando quien los socorriese ó quien los matase. Entramos en ella, conducidos por el Intendente D. Carlos Beramendi, y recogimos cuerpos vivos y medio vivos, muertos y medio muertos, sacándolos á las gradas de la catedral, donde los bañasen aires menos corruptos. La catedral ya no podía contener más enfermos, y la plaza se fué convirtiendo en hospital al descubierto. Allí, en lo alto de la gradería, vi aparecer á D. Mariano Álvarez, que daba algunas disposiciones para el socorro de los heridos. Gran número de gente le rodeaba, y entre ellos vi con sorpresa á D. Pablo Nomdedeu con otros médicos, individuos de la Junta de Salubridad, y varias personas influyentes. La multitud victoreó al Gobernador, que no dijo nada, absteniéndose de manifestar disgusto ni alegría por la ovación, y descendió tranquilamente.

En esto llegó junto á mí D. Pablo, que se había separado un poco de la comitiva. «Andrés — me dijo, — no me guardes rencor por lo de esta mañana. Se trata de vivir, amigo del alma, y el pícaro instinto de conservación convierte al hombre en fiera... Indigno linaje humano, ¿qué eres? Un gran estómago y nada más... ¡Ay de mí!... ¿Es posible que esto se prolongue? No, no puede ser. Mira qué horroroso aspecto presenta la gradería cubierta de cuerpos humanos.»

Álvarez con su comitiva seguía bajando, y la multitud apartábase para abrirle paso.

«Señor — le dijo Nomdedeu volviéndome la espalda, — olvidé decir á Vuecencia que los medicamen-

tos que tenemos no bastan ni para la décima parte.»

Don Mariano miró friamente y sin marcada expresión al médico. ¡Qué bien vi entonces al célebre Gobernador, y qué bien grabadas se quedaron desde entonces en mi mente sus facciones, su mirar y su acento! El rostro pálido y curtido, los ojos vivos, el pelo cano, la figura delgada y enjuta, la contextura de acero, la fisonomía imperturbable y estatuaría, la tranquilidad y la serenidad juntas en su semblante: todo lo examiné, todo lo retuve en la memoria.

«Si no hay bastantes medicinas—replicó,—empléense las que hay, y después se hará lo que convenga.

—Pero, señor—indicó tímidamente D. Pablo,—los enfermos no admiten espera. Si no se les cura... podremos tirar un día, dos...»

Álvarez paseó serenamente la vista por el anfiteatro, y después, volviéndose á Nomdedeu, le dijo:

«Ninguno de ellos se queja. Pronto recibiremos auxilios. La plaza no se rendirá, Sr. Nomdedeu, por falta de medicinas.

—¡Oh, señor!—dijo el médico temblando,—yo me atrevo á decir á Vucencia que Gerona ha hecho ya bastante por la Religión, la Patria y el Rey. Ha llegado al límite de la constancia, señor, y...»

Álvarez agitó ligeramente el bastón de mando en la mano derecha, y sin inmutarse dijo á Nomdedeu:

«Veo que sólo usted es aquí cobarde. Bien: cuando ya no haya viveres, nos comeremos á usted y á los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga.»

Signió Álvarez su camino. Nomdedeu se quedó atrás, y llevándose en dirección de la plaza de San Félix, me dijo:

«¡Oh, si yo fuera solo en el mundo, Andrés! Si yo no tuviera más que mi indigna persona, si no tuviera otro cuidado que la visita al hospital y el recorrido de los

enfermos que están en la calle, yo mismo le diría á D. Mariano: «Señor, no nos rindamos mientras haya uno que pueda vivir, almorzándose á los demás.» Pero mi hija no tiene la culpa de que una nación quiera conquistar á otra... Sin embargo, humillemos la frente ante ese inflexible Gobernador, más valiente que Leónidas, más patriota que Horacio Cocles, más enérgico que Scévola, más digno que Catón. Es un hombre que en nada estima la vida propia ni la ajena, y como no sea el honor, todo lo demás le importa poco. En las jornadas de septiembre, cuando Vives, el capitán de Ultonia, se disponía para una valiente excursión al campo enemigo, preguntó á D. Mariano que adónde se acogería en caso de tener que retirarse. El Gobernador le contestó: «Al cementerio.» ¿Qué te parece? ¡Al cementerio! Es decir, que aquí no hay más remedio que vencer ó morir; y como vencer á los franceses es imposible porque son ciento y la madre, saca la consecuencia...»

El doctor detúvose á examinar varios enfermos, y corrió á casa de Siseta para llevarles lo poco que había recogido.

VII

Juntamente conmigo entró Badoret, que había salido á su exploración y merodeo por la plaza de las Coles, y volvía tan alegre y saltón, que le juzgué portador de viveres para ocho días. Á las preguntas de Siseta, contestó abriendo los puños para mostrar algunas piezas de cobre, y cerrábalos después, bailando de contento en medio de la sala.

«¿De dónde traes esos cuartos? ¿Los has cogido en alguna parte?

—Me los han dado por el ratón... Andrés, un ratón

tan grande como un burro. En cuanto llegué con él á la plaza, un viejo soltó tres reales por él. Mi hermana no lo quiso. Pues lo vendí.

—Mira, Andrés — me dijo Siseta, — luego que tú te fuiste, estos condenados bajaron al patio, y por la puercecilla que está junto al pozo se metieron en la casa del canónigo D. Juan Ferragut, que está abandonada, como sabes. Á poco volvieron con una rata tan grande como de aquí á mañana... ¡Qué uñas! ¡Qué rabo!

La necesidad me obligó á encarecer y ponderar la carne de ratón, diputándola por una de las más sabrosas y nutritivas. Siseta rechazó con repugnancia mis ratoniles opiniones. Después comimos de las menudencias que yo llevé, y atendimos al pobrecito Gasparó, que estaba enfermo. Llamamos á D. Pablo, el cual no nos tranquilizó. «Dadme aire puro — dijo, — dadme alimentos sanos, dadme drogas que no estén inficionadas, y curaré al niño. Aquí no hay ya más médico que D. Mariano Álvarez, el cual nos ha dicho: «Comeos los unos á los otros.»

Se retiró bufando. Parecía loco. Siseta destrozó un mueble para convertirlo en leña; calentó agua; aplicó al enfermo en diversas formas una terapéutica de su invención, compuesta de agua tibia en bebida, en friegas, en rociadas, en compresas.

Por la noche, cuando volví al lado de Siseta, la encontré más tranquila, engañada por el aparente alivio del pobre niño. Su principal inquietud consistía entonces en la ausencia de Badoret y Manalet, que, á pesar de lo avanzado de la hora, no volvían á casa. Los traviesos chicos aparecieron al siguiente día tras larga ausencia, llenos de rasguños, contusiones, magulladuras y mordidas; pero muy contentos con los cuartos que recientemente les había proporcionado su industria venatoria. Á pesar de este refuerzo pecuniario,

aquel día fué el abastecimiento de la casa más penoso y difícil que otro alguno, y Siseta, desmejorándose por grados, perdía robustez y salud de hora en hora.

Funestísimo fué para nosotros aquel día, porque en él dos granadas destruyeron la casa del canónigo Ferragut, medianera con la nuestra, y la explosión fué tal, que el tejado bajó á confundirse con los cimientos. Tuve noticia del siniestro hallándome en *Alemanes*, y en horrible ansiedad estuve hasta que, terminado mi servicio, pude correr á la calle de Cort-Real. Con alegría vi que la casa en que morábamos estaba intacta, aunque en peligro de caerse también por la repentina falta del apoyo de la contigua. Di mentalmente gracias á Dios, y entré, hallando á Siseta junto al lecho de su hermanito, que había empeorado sensiblemente. Los vagabundos Badoret y Manalet continuaban ausentes. ¿Habrían perecido entre los escombros de la casa del canónigo? No hallaba yo medio de tranquilizar á Siseta, ni en lo humano había consuelo posible para tal serie de infortunios, enzarzados en fatídico hilo como cuentas de un rosario. Sin que le llamáramos, se nos presentó el infeliz D. Pablo, que, después de pulsar y examinar al chiquillo, pronunció la escueta y desesperante fórmula terapéutica: «¡Agua, agua!...» Luego, desarrugando el ceño, repitió sus jermiáticas peticiones de socorro:

«Andrés, Siseta, queridísimos amigos míos, vosotros que nadáis en la abundancia, socorred á este mendigo. Nada me queda ya: he vendido todos mis libros, y con las plantas de mi magnífico herbario, que he reunido durante veinte años, he hecho un coimiento para dárselo á ella. Sólo me restan las plantas malignas ó venenosas, y la incomparable colección de *polipodiums*, que os puedo vender... ¿De veras no tenéis nada?»

Á nuestras reiteradas afirmaciones de penuria, contestó de este modo:

«Sin duda están vuestras arcas repletas de comestibles; lo menos tenéis ahí diez onzas de cecina y un par de docenas de garbanzos. Siseta, Andrés, amigos míos,

¿queréis el perrito que bordó en cañamazo mi difunta esposa cuando estaba en la escuela? ¿Lo queréis? Pues os le daré, aunque es una prenda que he estimado como un tesoro, y de la cual hice propósito de no deshacerme nunca. Os cambio el perrito por lo que está guardado en el arca.»



Abrimos el arca, mostrándole su horrenda vaciedad;

pero ni aun así se dió por vencido. Estaba frenético, con apariencias de trastorno semejante á la embriaguez, y al hablar, su lengua sin fuerz i chasqueaba las palabras entonándolas á medias, como un badajo roto que no acierta á herir de lleno la campana.

Retiróse el afligido señor, que nos parecía un espectro, y yo, accediendo á los deseos de Siseta, corrí á la desplomada mansión de D. Juan Ferragut, canónigo de la catedral, que desde los primeros días del sitio huyó de Gerona buscando lugar más seguro. Aunque este veterano de las milicias docentes de Cristo no

figura en mi relación, debo indicar que era el primer anticuario de Cataluña; hombre eruditísimo, incansable en esto de reunir monedas, escarbar ruinas, descifrar epígrafes, y husmear todos los rastros de pisadas romanas y carlovingias en nuestro suelo.

Entrábase en la desierta casa por una puertecilla que comunicaba ambos patios, y que los vecinos solían tener abierta para venir á tomar agua en el pozo del nuestro. Cuando penetré en el patio, hallé que una gran parte de éste se había trocado en recinto cubierto por la acumulación de vigas y tabiques atascados en un ángulo antes de llegar al suelo. Aquel accidental techo no necesitaba sino ligero impulso, una voz fuerte, una trepidación insensible para caer al suelo. Adelantando cuidadosamente llegué á la caja de la escalera, abierta á la luz y al aire por el hundimiento de las salas de la fachada y de una parte del techo por donde penetraron las granadas. Cubrían el suelo muebles confundidos con trozos de pared, vidrios y mil desiguales fragmentos de preciosidades artísticas, materia caótica de la Historia, que ningún sabio podía ya reunir ni ordenar. La escalera había perdido uno de sus tramos, y para el ascenso era preciso trepar, saltando abruptas alturas.

En la imposibilidad de subir, di voces al pie de la escalera, y desde aquellas solitarias cavidades llamé á los chiquillos con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Badoret, Manalet!; pero nadie me respondía. Recorrí todo lo bajo, explorando lo más escondido y lo más peligroso de los escombros... Por último, regresando al patio oí un agudo silbido, que resonaba en lo más alto del tejado, y poco después apareció una figura que desde arriba, con evidente peligro, se inclinaba para mirar hacia el fondo. Era Badoret, el cual, haciendo caracol con las manos, gritaba: